

EDUARDO LADISLAO HOLMBERG

LA

NOCHE CLÁSICA

DE WALPURGIS

(CLASSISCHE WALPURGISNACHT, DE GOETHE)

SEGUNDA EDICION

BUENOS AIRES

IMPRENTA DE PABLO E. CONI é HIJOS

ESCRITORIO: ALSINA, 60; TALLERES: PERÚ, 334

1887



LA

NOCHE CLÁSICA DE WALPURGIS

EDUARDO LADISLAO HOLMBERG

LA

NOCHE CLÁSICA

DE WALPURGIS

(CLASSISCHE WALPURGISNACHT, DE GOETHE)

SEGUNDA EDICION

BUENOS AIRES

IMPRESA DE PABLO E. CONI & HIJOS

BOCATORIO: ALFAMA, 70; TALLERES: PERÚ, 384

1887

SOBRE ESTA SEGUNDA EDICION.

Al resolverme á publicar esta segunda edicion de mi Conferencia sobre La Noche Clásica de Walpurgis, obedezco, más que á una necesidad literaria de mi país, más que á una conviccion sobre la importancia del trabajo, al deber de contestar á complacientes preguntas verbales ó escritas, respecto del cómo y dónde obtener el folleto.

La conferencia se celebró en la noche del 28 de Julio de 1885, y dos días despues (30 de Julio) apareció el final, (desde el § XIII adelante) en el número 4496 de La Nacion.

El trabajo completo se entregó á la imprenta en Setiembre de 1886 y apareció en el tomo XXII de los Anales de la Sociedad Científica Argentina (1886), junto con un pequeño tiraje separado.

Enero de 1887.

H.

LA NOCHE CLÁSICA DE WALPURGIS.

AL LECTOR!

El trabajo que hoy publico fué leído en la Conferencia celebrada por la « Sociedad Científica Argentina » en la noche del 28 de Julio de 1885, con motivo del aniversario de su fundación.

Todo lo que ahora se **é**stampa ha sido presentado al auditorio; pero muchos de los que componian éste se sorprenderán al reconocer aquí la falta de numerosos fragmentos que he suprimido del manuscrito ó que no escribí despues de improvisarlos — y, para consuelo de las letras y de la oratoria, muy bien suprimidos.

Confieso que el tema se cierce sobre mi espíritu entusiasmado como la sombra inmortal de HOMERO sobre las generaciones de nombres debiles en los mármoles de Clío; pero tambien abrigo la esperanza de que más de un lector encontrará, en las páginas

siguientes, la expresión más pura, la más sincera **pr**enda de respeto por el coloso cuya obra se ha rozado al pasar, como besan las aguas del Nilo, en sus desbordes, los flancos de las mesetas en que las Pirámides apoyan su planta inmóvil, tranquila y secular.

Todos tenemos nuestras predilecciones íntimas en el caudal mas ó menos crecido de lecturas que el tiempo avaro concedió á la razón ó al entusiasmo; todos sabemos por qué causa constituimos la gerarquía de las glorias en el fondo bullidor en que la memoria guarda las imágenes inmortales del pasado, y nuestras susceptibilidades formadas por la trama congénita en que la educación dispone las flores de la vida, vibran ó se aletargan á medida que la fantasía destella ó se apaga.

Las delicias de ese mundo interior ¿con qué se compran?

Adormecerse por un instante para la vida real con todas sus miserias; sustraerse voluntariamente á todo lo que no sea la contemplación del conjunto y penetrar sin vacilaciones en aquel ámbito de sombras... hé ahí el precio!

Lo externo reacciona sobre nuestros sentidos y prepara la unidad mental; y de las sensaciones de todos los momentos surge poco á poco la aptitud que nos habilita para ser afectados de diversa manera, según las condiciones de tonalidad en que se

encuentre el cerebro. Pero hay un momento de perfecto equilibrio de las facultades en el que todas parecen apaciguarse. Una dulce calma reina entre ellas ; un suave reposo las domina ; y el pensamiento se expande en perfecta armonía, con la blandura de un coro místico.

Tal es la impresion que causa la lectura de los poetas clásicos, y en particular HOMERO.

Todas las bellezas de la *Iliada* ajenas á los combates no bastan para ocultar las fúrias de la matanza que ensangrienta el poema, y sin embargo, hay tanta majestad en el estro, que el espíritu se siente subyugado por los cantos, y remonta en un éter luminoso, como llevado por alas impalpables.

No sé que exista algo, en cuanto pueda impresionarnos, que calme más el pensamiento que aquella lectura. La idea de un bálsamo es demasiado plástica como término de comparacion. Pero creo poder comunicar al lector semejante estado de ánimo, engastando, en mi ruda aleacion, una joya arrancada al brillante tesoro de Madame de STAEL.

« La versification de Werner est pleine des admirables se-
« crets de l'harmonie, et l'on ne saurait donner en français
« l'idée de son talent à cet égard. Je me souviens, entre
« autres, dans une de ses tragédies tirées de l'histoire de Po-
« logne, de l'effet merveilleux d'un chœur de jeunes ombres
« qui apparaissent dans les airs : *le poète sait changer l'alle-*
« *mand en une langue molle et douce* que ces ombres fati-
« guées et desintéressées articulent avec des sons à demi for-

« més; tous les mots qu'elles prononcent, toutes les rimes des
« vers, sont, pour ainsi dire, vaporeux. Le sens aussi des
« paroles est admirablement adapté à la situation; *elles*
« *peignent si bien un froid repos, un terne regard; on y*
« *entend le retentissement lointain de la vie; et le pâle*
« *reflet des impressions effacées jette sur toute la nature*
« *comme un voile de nuages.* » (1)

No podía escapar á GOETHE la característica de la poesía de HOMERO, que alcanzó á delinear con mano maestra en uno de los periodos mas brillantes de su génio.

Fué durante su viaje á Italia.

De regreso de Sicilia, y ya en Nápoles, escribe á HERDER :

« En cuanto á Homero, le veo ahora con otros ojos; sus
« descripciones, sus comparaciones son de una verdad im-
« ponente, y los acontecimientos más extraños, los más fa-
« bulosos, tienen algo de natural que hace considerarlos
« reales. Permíteme comunicarte mi pensamiento en pocas
« palabras : *Los antiguos representan la existencia, mien-*
« *tras que nosotros representamos sus efectos; pintan ellos*
« *lo terrible, nosotros pintamos terriblemente; ellos des-*
« *criben lo agradable, nosotros agradablemente, etc. Y hé ahí*
« por qué caemos con tanta frecuencia en la exajeracion, en el
« amaneramiento, en lo pretencioso, en lo ampuloso, porque
« cuando sólo se trabaja buscando el efecto, se cree no po-
« derlo producir jamás de un modo bastante sensible » (2).

(1) DE STAEL, *De l'Allemagne*, chap. XXIV, ed. Garnier frères (1885 ?) p. 317.

(2) *Memoires de Goethe*; trad. fr. de la Baronne A. DE CARLOWITZ, ed. Charpentier, 1872, p. 177 (18 mai 1787).

¡ Cuántas veces he comparado las escenas patéticas de los autores modernos con el reconocimiento de Telémaco y de Ulises en el canto XVI de la *Odisea*, por ejemplo, y cuántas veces también he sentido la profunda verdad y la justa apreciación de GOETHE al imponer el sello de su genio á la más elocuente de las críticas !

Sentir la Naturaleza como la sentía el sabio poeta alemán ; penetrar en lo íntimo de la forma y del pensamiento helénico ; identificarse por una singular predisposición los elementos estéticos de una época ya tan lejana y traducir fielmente las vibraciones de su cerebro poderoso sin hacer traición á esa unidad singular de sus conceptos... he ahí lo que, en parte, constituye la gloria imperecedera de GOETHE.

Estudiar esta brillante personalidad que vincula dos siglos y desata con una palabra las dos grandes formas del pensamiento literario, no es tarea de un instante.

El Baron de BURY le ha dedicado los mejores años de su vida, y sin embargo ; cuán lejos se está de conocer á GOETHE por la obra de aquel !

Talento múltiple, no se sabe cuál es la más rutilante de sus facetas y sólo se puede conceder que hay en él suficiente brillo para despertar el entusiasmo en los que procuran conocerle siquiera sea de lejos.

German y Dorotea respira un perfume suave y realiza el poema épico, en lo moderno, con los materiales del idilio de todos los tiempos; *Ifigenia*, sin la forma, transporta el pensamiento á un tiempo y á un medio en los que el oído se siente deleitar con las sonoridades del idioma de HOMERO, y en los que la pálida imágen de Orestes se levanta viva á través del humo del sacrificio. Esa impresion singular que el Ciego de Chios deja en el ánimo, GOETHE la encarna, y cual un Fénix inesperado renace griego en las brumas del Norte y devuelve al mediodía, donde bebió la inspiracion y absorbió el calor de su extraña metempsicosis, entregando á la admiracion de los que le siguieran todas las bellezas del *Segundo Fausto*.

GERARD DE Nerval, que poseía bien el idioma aleman, consideró adornos teatrales los coros celestes que complementan ó dan cuerpo á la estética cast^r mística del final del poema, y no los tradujo. «*Das ewig weiblich*», últimas palabras de la obra, son toda una síntesis poética y fisiológica, y si es verdad que arrojan un velo misterioso sobre aquella, no lo es menos que el traductor francés nombrado no ha sido aquí fiel en su tarea. Y lo cito porque es el que más circula.

BURY, que le ha dedicado mas tiempo y atencion, ha elevado un monumento digno de la gloria de GOETHE; pero el génio de su idioma es demasiado

distinto del del alemán para que no se reconozca al punto cuánto cambian los elementos poéticos al expresarse con otras voces, otras entonaciones, y otro espíritu.

De todos modos, nada hay en castellano que nos dé una idea del *Segundo Fausto*, y, por lo mismo, BURY puede guiarnos hábilmente, como que la suya es natural eslabon entre ambas lenguas.

En cuanto á los Alemanes mismos, han escrito más sobre el *Fausto* que los Españoles sobre el *Quijote*, y es singular cuánto discrepan los juicios. Leyendo la obra de HEINRICH DUENTZER, *Goethes Faust* (1), he hallado motivos, en más de una ocasión, para pensar si era sobre una misma obra que los autores, por él citados, emitian sus opiniones.

Por lo que respecta al idioma, me parece difícil colocarse en un terreno tan imparcial que no se me acuse de parcialidad por el que usó GOETHE. Ya están algo retirados los motivos congénitos que podrían arrastrarme á un entusiasmo ciego por el del original del *Fausto*. Lo muy escaso que de él poseo ha sido una conquista puramente racional; pero me será permitido, sin dejar de reconocer la magnificencia de nuestro castellano, cuando lo usan el poeta QUINTANA, DONOSO CORTÉS, JOAQUIN M. LOPEZ, CERVANTES, y tantos otros esclarecidos in-

(1) Leipzig, ed. Wartig, 1879.

genios, que eso no basta para cerrar el entendimiento y el corazón á las bellezas del alemán. No es un idioma pretencioso como el nuestro, pero es infinitamente más rico en su plasticidad y en su intención, y á veces adquiere tales modulaciones que invita al canto. Un ejemplo:

Ariel: Wenn der Blüten Frühlingsregen
Ueber alle schwebend sinkt,
Wenn der Felder grüner Segen
Allen Erdgebornen blinkt :
Kleiner Elfen Geistergrösse
Eilet, wo sie helfen kann ;
Ob er heilig, ob er böse,
Jammert sie der Unglücksman.

{*Faust* II, Act I.}

Cierto día en que conversaba con un distinguido Español dejó escapar éste una carcajada, porque, emitiendo una opinión, como cualesquiera otras, dije que el inglés de MOORE me parecía tan dulce á veces como el italiano, y que, en más de un caso, había recibido impresiones de eufonía que sólo recordaba de la lectura del PETRARCA. Una carcajada puede representar una opinión, y no me sorprendería que las estrofas de Ariel fuesen saludadas de igual manera.

No hay uno que no arguya con la opinión de CARLOS V; pero, ni el alemán de CARLOS V era el de GOETHE ó el de WERNER, ni las bellezas de un

idioma se pueden juzgar cuando una laringe ruda lo emplea sólo para comunicarse con su caballo; ni era sorprendente que el glorioso Emperador tuviera tan mala opinion de él, cuando lo hacía familiar en tan extraña Academia.

El siguiente trabajo es un boceto más que un ensayo concluido; pero temo alejarme demasiado de otras tareas de mayor urgencia si retardo su publicacion, porque entónces me veré obligado (bastante lo comprendo!) á profundizar el tema, á proceder con toda la severidad tudesca en la investigacion bibliográfica y á presentar al lector una obra quizá más seria, pero, seguramente, nó tan espontánea como la encuentro ahora.

Que no se vea en él otra cosa que un rasgo de mi entusiasmo por el sábio poeta aleman.

Si al llegar á la última línea piensa el lector que ha perdido su tiempo, él y yo sabremos que mi afliccion sólo podrá compararse con el esfuerzo que he hecho para no causarle pena.

Buenos Aires, Setiembre de 1886.

E. L. H.

CLASSISCHE WALPURGIS-NACHT.

*Der Mensch ist ungleich, ungleich
sind die Stunden.*

(*Faust II, Act I. — Die Parzen*).

I.

Señores!

Cuando una teoría general está bien formulada, todos los hechos nuevos correlativos se encuadran en ella como si hubieran sido tomados en consideración para elaborarla, de modo que su importancia se consolida y su verdad se manifiesta tanto más cuanto mayor es el número de comprobantes que recibe.

Los que están habituados á aceptar una, cualquiera que sea su objeto, para guiarse en no im-

porta qué género de investigaciones, no rechazan por cierto la idea de que pueda no comprobarse siempre y que otra mas perfecta y completa la sustituya.

Entretanto, mientras no surjan las discrepancias, mientras los hechos anormales ó aberrantes no se presenten, la teoría será aceptada y seguida, y debe serlo, porque el espíritu humano, en su poder sintético, inherente á las mismas armonías cerebrales que se desenvuelven de una manera fatal, y obedeciendo al juego natural de sus componentes, — se halla imposibilitado para desligar, ni siquiera por un esfuerzo de la abstraccion, los fenómenos análogos.

Si en presencia de una série de hechos de la categoría señalada brota en el entendimiento el lazo que los une; si la opinion, con todos sus fulgores, ilumina el cuadro; si esa opinion se comprueba en la série de nuevas adquisiciones ¿porqué no aceptarla? ¿Debemos aferrarnos á una anterior que no satisface los anhelos de la razon? Las nuevas opiniones no son otra cosa que el efecto de las nuevas perspectivas de la inteligencia; porque ésta, sujeta siempre á la renovacion del cosmorama que le ofrece sus múltiples cambiantes, dominada por el mundo externo que la modela y enriquece, sensible, dócil á los elementos que la generan, no puede fijarse en un

punto inmóvil, mientras haya plasticidad en el órgano maravilloso que la contiene.

Conocer que una opinion es falsa, que todo la destruye, que nada la comprueba, cuando existen otras más perfectas é inconmovibles, y aceptarla, sin embargo, como guia de conducta mental, es arrancar al entendimiento propio su única dignidad, su único tesoro: la personalidad; porque si hay algo que caracteriza esencialmente un espíritu bien constituido, es precisamente esa aptitud para variar de objetivo sin alterar en lo mínimo la intensidad de su funcion.

Pueden los lábios mentir; puede el rostro hábil para enmascararse ocultar á excelentes observadores el pensamiento que no expresaron las palabras; pero la mentira subjetiva es imposible.

El libre exámen, la muerte del *magister dixit*, son conquistas del sentimiento de personalidad, y nunca somos tan libres, nunca nos sentimos tan dignos á nuestros propios ojos como cuando nuestros actos responden á nuestra conciencia, ó se desenvuelven bajo su imperio.

Así, señores, hemos llegado á esta época de gloriosa libertad mental en la que todas las cuestiones son sometidas al crisol de la crítica, para que el fuego consuma lo que haya de preceder en ellas, y sólo se conserve la materia fija, como evapora el químico el agua de la tierra, ó la sus-

tancia orgánica, para examinar solamente las proporciones de mineral que han de servir de matriz á la semilla del arroz ó del trigo.

II.

Al presentaros hoy este trabajo, me he dejado guiar, como siempre, por tales ideas, y si os parece que la magnitud de la empresa escapa por completo á los alcances de una inteligencia vulgar como la mia, os suplico escuchéis un breve instante y entónces me ayudareis á pensar que no es menester llevar un gran nombre, ni ser un gran crítico, para realizar un pensamiento de GOETHE:

« Pienso que, hasta este momento, una buena inteligencia » — dijo el eminente poeta sábio — « y un sentido recto y penetrante tendrán bastante que hacer para darse cuenta de todo lo que hay de secreto en el Fausto. »

No me hubiera atrevido, ciertamente, á llamar vuestra atencion por un instante sobre un tema al parecer inaccesible, y en el que han escollado brillantes críticos, si no estuviera persuadido de las verdades elementales que he consignado al comenzar, porque la *Noche clásica de Walpurgis*

no es, á mi juicio, una de tantas «fantasias encantadoras», uno de tantos «juegos de la imaginacion», como se ha dicho, sinó un simbolismo fácil y penetrable, como lo son todos los arcanos cuya interpretacion poseemos — y no me hubiera atrevido, porque habría pensado que todo se perdería al señalar una série de pasajes aislados que no se adaptaran á la opinion; pero una vez que ésta se hubo iniciado, apénas surgió el rayo de luz que coloraba el hondo misterio del libro genial, aquellos pasajes que debieran oponerse, si no fuera exacta, parecian como evocados expresamente para agruparse en torno de su centro natural.

*
* *

El tema que motiva esta lectura es, á no dudarlo, uno de los más interesantes que pueden ofrecerse á un conjunto de personas ilustradas, sea cual fuere la competencia del orador que va á procurar desarrollarlo valiéndose de no importa qué lenguaje ó recursos literarios, — sea cual fuere tambien la cantidad de malicia ó de benevolencia con que se vá á escuchar la palabra que contribuye á aquel desarrollo.

Y estoy persuadido de ello, porque pienso que

en cualquier parte del mundo en que se pronuncie el nombre de GOETHE, cualquiera que sea el caudal de instruccion superior de los que tal nombre escuchen, se hará manifiesto el respetuoso entusiasmo que sólo saben despertar las glorias indiscutibles y con mayor razon en nuestro país, donde se puede tener una idea expresada en hipérbolos mas ó menos ámplias respecto de glorias efímeras, pero donde siempre, tambien, se ha tributado un verdadero culto al poder del génio, esa colosal entidad indefinible, que, como todas las cosas superiores, se impone al corazon y al entendimiento agigantándose en proporcion al esfuerzo que se hace para comprenderla, é indefiniéndose á medida que se crée alcanzar mas profundamente su significado.

Pero temo ir mas allá de los límites que he señalado á mi tarea, y de los que puede ofrecerme vuestra benevolencia, y por ésto me será permitido entrar de lleno en el desenvolvimiento de aquella, no sin recordar algunos datos explicativos de mi empeño, y que, si bien de poca, de ninguna importancia con relacion al immortal poema, la tienen con lo que podriamos llamar lo que aquí pensamos ó sabemos del *Fausto*.

De todos modos, me anticipo la satisfaccion de que mi trabajo será de vuestro agrado, aunque sólo sea por la magnitud y magnificencia del

tema y porque vuestra mayor atención significará para mí que no pensáis como esa turba impía de mediocridades petulantes y vanas que entienden que la dedicación á la especialidad cierra el corazón á los más nobles afectos de patria y familia, y la inteligencia á la contemplación de todas las bellezas de la Ciencia y del Arte, ora nos arrebate ésta con el ritmo soberbio de una estrofa, ora nos dulcifique un instante la vida con la riqueza del color, ora nos ofrezca un rayo de esperanza palpitando en la nota.

Pero vuestra expectativa sería vana si pensárais que todos los problemas que aquel tema os ha ofrecido van á quedar resueltos después que haya terminado esta lectura, y que la del *Fausto* será, de hoy en adelante, tan simple como la de un cuento de hadas; — nó — no voy á llamar vuestra atención, por un instante, sinó sobre un fragmento: « *La Noche clásica de Walpurgis* » y nó sobre toda ella, sinó sobre una parte.

III.

Ante todo, señores, deseo que se tenga presente que no escribo para los críticos superiores, y que, al abordar este punto, he pretendido, más bien,

hacer algo familiar, algo así como para nosotros, sin preocuparme de las exigencias magistrales respecto de la crítica, de modo que, sin esfuerzo, sin violencia, sin citar textos, podamos llegar á un resultado.

Por otra parte, aquí conocemos la obra de diversas fuentes :

El *Fausto* de ANASTASIO EL POLLO.

El *Fausto* de GOUNOD.

El *Petit Faust*.

El *Fausto* de GOETHE traducido al Castellano por LLORENTE.

El *Mefistófeles* de BOITO.

El *Fausto* de GOUNOD es el *Primer Fausto* de GOETHE; el de ANASTASIO EL POLLO no es más que la narracion que un gaucho hace á otro de lo que ha visto en el teatro, al ver el *Fausto* de GOUNOD. El *Petit Faust* es una caricatura infame, pero muy divertida. La traduccion de LLORENTE es muy apreciable, pero no pasa del *Primer Fausto*. En cuanto al *Mefistófeles* de BOITO, poco puedo decir con imparcialidad. Todavía resuenan en mi oido sus acordes dóricos; evoco por su reciente estímulo rítmico la imágen de Helena y procuro individualizar siquiera las melodias del gran poema musical. Pero hago un esfuerzo para olvidarlo ahora.

Nada de ésto es lo que va á ocuparnos por un momento.

IV.

Y tambien, ántes de comenzar, quiero presentarnos algunos datos personales, que repetiré, sólo porque pienso que, en mas de un caso, podreis aplicarlos — ya que, por regla general, se lee antes el libro que su crítica seria y, más aún, antes que eso, se oye manifestar una que otra opinion respecto de él, opiniones que muy frecuentemente preceden á todo conocimiento formal del hecho, lo que les dá un carácter absolutamente sentimental, esa peor guia de cualquier investigacion concienzuda.

Hace algunos años, un poeta argentino, de fina inspiracion y agudo ingenio, hacía popular entre nosotros el *Fausto* de GOETHE, comenzando su trova con décimas chispeantes:

En un overo rosao
Flete nuevo y parejito....

Y su libro, presentado al público bajo tres firmas que estimamos altamente, JUAN CARLOS GOMEZ, CARLOS GUIDO y RICARDO GUTIERREZ, adquirió bien

pronto la circulacion que sólo corresponde á esas obras que, por algun motivo, hieren vivamente la curiosidad del público.

Uno de los padrinos del libro dirigía estas palabras al autor: — « Podrá Vd. decir á un Aleman: he leído el Fausto — y el Aleman mirándole con sonrisa compasiva, dirá: está bien, pero Vd. no lo ha entendido! »

En mi candor, entónces infantil, pensé que el aleman era un patrimonio exclusivo de los Alemanes.

Y con esa buena fé de Mateo el de La Novia del Hereje, y de los Inquisidores, que acusaban respectivamente de *bozales* á los Ingleses y de *herejes*, porque hablaban, para tímpanos españoles, un idioma que nadie entendía, « del diablo », decian, se me ocurrió que nó se entendía porque estaba escrito en aleman. Y como tenía una idea bien clara respecto de cierto derecho á aquel patrimonio, y como no me faltaban motivos mas ó menos fundados para estimar el nombre de GOETHE, resolví estudiar el aleman para leer el *Fausto*, y quién sabe si con algun otro objeto tambien. De ésto hace más de diez años, seguramente, y más de quince tambien.

A medida que avanzaba, nuevos horizontes se ofrecian á mi entendimiento, y poco á poco llegué á comprender que no era el idioma lo que hacía

del *Fausto* un libro ininteligible, y hoy, casi á punto de exclamar con DANTE :

Nel mezzo del camin di nostra vita...

se me ocurre pensar otra vez, pero no ya con candor infantil: ¿entienden los Alemanes el alemán? ¿Y cómo no? ¿Y entienden el *Fausto* todos los que entienden el alemán?

Hace unos diez años, un gentil escritor Argentino anunciaba la publicacion de un librejo sin importancia y sin intencion, vituperando al autor cierta nebulosidad propia de los escritores alemanes y decía, entre otras cosas muy finamente buriladas, estas palabras, refiriéndose, entre otros, al *Fausto* de GOETHE: — « Se lee con delicia el diálogo de Margarita y se pasa como por sobre áscuas en la *Noche clásica de Walpurgis* ».

« ¡Oh! » exclamé, « ha leído el *Fausto*! » Pero entónces yo pensaba que era necesario saber el alemán.

Sus palabras, sin embargo, me causaron una viva impresion. *Noche clásica de Walpurgis!* No sabía lo que era, y he pasado diez años sin saberlo.

V.

Noche de Navidad! Noche de San Silvestre! Noche de Walpurgis! He asistido más de una vez á esa fiesta simpática que los alemanes celebran en la noche de la Cristiandad, que cantan los poetas del Norte pulsando las cuerdas de sus mejores liras, y cuyos misterios, celebrados por DICKENS, le harían inmortal, aunque pereciera *Pickwick* el *Quijote* inglés. Dicen algunos que es un pretexto para regalar juguetes á los niños, y un motivo mas ó menos plausible para que los grandes beban *Liebfrauenmilch*, cierto vino del Rhin cuyo nombre no puede traducirse con propiedad á ningun idioma.

Y cuando observaba las caras gozosas de los alemanes; cuando este levantaba su copa y brindaba sonriendo por la amistad no desmentida, y aquel llamaba á un angelito rúbio para mezclar, con su tierna sangre purísima, la sangre de las viñas de Wodan; cuando en traje de Walkyrie una figurita coronada de rizos dialogaba con su muñeca ofreciéndole no sé qué paraísos, y humedeciéndole con vino los labios de porcelana; y

cuando el viejo amigo, trémulo ya por los años, se sentía renacer á la vida en presencia del cuadro de la familia, — parecíame que la metempsicosis no era un sueño. Y al volver á mi casa convertido en un optimista casi tan perfecto como Pangloss, pensando en existencias anteriores, cavilando con antepasados rúbios de ojos azules que cortaban los cedros de sus montañas para regalar á sus niños los tesoros pupéicos de Nürenberg; — cuando desfilaban, evocados por la fantasía, Freya y Thor, Cristo y las agujas del templo medieval, y solicitaba del sueño un bálsamo á las emociones despertadas por el panorama, sentía golpes estrepitosos y repetidos en la puerta de calle, determinados por buenos cuerpos de buenas almas que pasaban deseándome buenas noches — y me dormía diciendo: «Se acabó La Noche de Navidad.... empieza La Noche Buena!»

No conozco los misterios de la Noche de San Silvestre.

Sabía solamente que en tal noche perdió su reflejo un personaje de HOFFMANN — y hubiera pensado siempre que en esa noche se pierde el reflejo, si no hubiese sabido que los Alemanes se despiden del año celebrando fiestas domésticas, sin cedro con muñecas. Pero, hace cuatro años, un Aleman me refirió, en una noche de San Silvestre, los argumentos de las óperas de WAGNER

y desde entónces adquirí uno de los muchos reflejos que me faltan, porque me preparé á escuchar, cuando pudiera, las gloriosas armonias del *Lohengrin*, como había escuchado los acordes soberanos del *Tanhäusser*. No sé más de San Silvestre, sinó que se celebra el 31 de Diciembre. Ignoro por completo si se le saluda con cedulillas de novios ó de compadres; pero se me asegura que en tal noche se le ocurrió á un Aleman un pensamiento soberbio : « Cuando bebo un vaso de cerveza me siento otro hombre; ¿por qué ese otro hombre no ha de tomar otro vaso de cerveza? »

En esta trinidad nocturna se destaca con colores sombríos *La Noche de Walpurgis*. En 1837 el Gobierno de Hanover dió un decreto prohibiendo las manifestaciones hostiles contra las brujas y los diablos en las montañas del Harz — porque los paisanos, persuadidos de que en esa noche, que es la de Santa Walpurgis (1° á 2 de Mayo — que vivió allá por el siglo ix) los diablos y las brujas salian de los antros tenebrosos de las montañas y celebraban el Sabbah (que es como si dijéramos una feria de brujas) encendian antorchas y quemaban paja para ahuyentarlos. Esto producía un verdadero escándalo, como aquí, entre nosotros, los golpes de llamador en Noche Buena, costumbre que desaparecerá á medida que nos vayamos convenciendo de que vale tanto como

entre los Indios patagónicos el lanceamiento del Hualíchu — reliquias todas de un fanatismo absolutamente primitivo.

Pero ésta no es la Noche *clásica* de Walpurgis, de la cual voy á ocuparme luego.

VI.

En una palabra y sintetizando lo que precede, comprendí que no era el idioma alemán lo que se necesitaba, sinó el conocimiento de GOETHE mismo, de sus preocupaciones, de los grandes problemas de su época, para lo cual no bastaba una instruccion general, sinó una preparacion especial en ciertos ramos, y, no siendo Alemán, un poco de barniz siquiera del espíritu alemán, del *Deutsche Geist*, como le llaman ellos en su hermoso idioma.

Creereis, probablemente, que al hacer esta afirmacion pretendo haber alcanzado esas condiciones. Sería mucha insolencia de mi parte y os suplico, como nunca, que no prejuzgueis. Un conjunto de circunstancias, una casualidad, me ha ofrecido la llave de un secreto de GOETHE. Si lo he interpretado bien, atribuidlo á esa casuali-

dad — la vida es corta, pero aquel no es el único problema interesante que se presenta. No he hecho estudios profundos sobre la materia, y, al confesarlo, declaro, cuando menos, que soy sincero. Otro más hábil para captarse vuestras simpatías, hubiera estudiado menos y os habría dicho que había llegado á ese resultado despues de largas y penosas investigaciones. Vosotros y yo le hubieramos tratado de farsante, pero vosotros y yo no somos sinó una parte mínima de esa inmensa totalidad que compra el elíxir de Dulcamara.

Hace tres años, con motivo de la velada literaria en honor de DARWIN, tuve que ocuparme de GOETHE un poco más seriamente que lo que puede hacerlo un individuo que no es crítico, ni biógrafo. Pero ese estudio es, en parte, la fuente de éste.

Siendo GOETHE uno de los precursores de DARWIN, se me ocurrió que algo debería saber de las células, y que los trabajos de OKEN, de TREVIRANUS, y también la Teoría celular de SCHLEIDEN y SCHWAN tendrían en él una de las muchas fuentes necesarias, ya que MALPIGHI y otros, mucho ántes, las habían estudiado.

Pero, para ver las células, es necesario el microscopio. ¿Lo había usado GOETHE? No tenía tiempo para leer todos sus trabajos, que son mu-

chos, pero tenía casualmente á mano uno de ellos, publicado en 1790, y titulado *Verzuch die Metamorphose der Pflanzen zu erklären*. Con paciencia, encontré un pasaje que puede traducirse así (p. 72): « Si tomamos para nuestra ayuda el microscopio, podemos ver mayor número de nervaduras » etc. Pero parece que GOETHE, hasta entónces, no había visto las células, lo que indicaría el uso de un microscopio simple de muy poca fuerza, y, si las vió, no les atribuyó importancia. Es conveniente no olvidar este detalle.

Que estas cuestiones científicas interesaron siempre á GOETHE, sus biógrafos nos lo dicen, si acaso no lo conocemos ya al estudiar sus obras.

Es muy popular su diálogo con SOREL á propósito de la revolucion de 1830 y en el que su interlocutor alude á la política y GOETHE á la de GEOFFROY-SAINT-HILAIRE y JORGE CUVIER en la Academia Francesa.

Un poco de barniz en materia de Anatomía nos recuerda siempre, al estudiar el cráneo, que fué GOETHE quien descubrió su derivacion de las vértebras, así como lo que se refiere al hueso intermaxilar del hombre.

No hay duda alguna de que más tarde hizo uso de mejores microscopios de poder, pero era más tarde, era ya tarde. En 1802 y 1809 OKEN formulaba de una manera categórica la transformacion

de los organismos, procediendo todos de ciertas vesículas, las cuales, á su vez, no eran otra cosa que derivados de una materia colóide (el *protoplasma* en nuestros dias), la cual se había formado en el mar á expensas de la materia inorgánica. Esto es, la generacion espontánea de la materia orgánica, su modelacion, su complicacion ulterior y, por fin, su evolucion completa hasta llegar al hombre. Si OKEN hubiera creado los nombres de Moneras, Amibos, Mórulas, Gástrulas etc., mi honorable auditorio pensaría bien, si pensara en ello, que ciertas discusiones científicas serían imposibles hoy.

Llamará la atencion que tanto me preocupe este punto, y que sea precisamente al nombrar á OKEN. Pero, si es preferible el de TREVIRANUS, me es completamente lo mismo. Sólo deseo consignar que no fué GOETHE quien descubrió el protoplasma, ó, para ser más exacto dentro de la verdad histórica, quien concibió esa materia colóide, convertida luego en vesículas y mas tarde en organismos superiores.

VII.

No había cumplido GOETHE 40 años cuando hizo su viaje á Italia. Cierta mañana huyó de Weimar sin anunciarlo á sus amigos, ni á su Gran Duque.

El *Fausto*, el primero, el que termina con la prision y muerte de Margarita, ese *Fausto*, digo, no estaba publicado, pero estaba algo más que bocetado, porque GOETHE mismo era en parte el protagonista de su obra, y convertir en estrofas cada beso y cada lágrima de su candorosa *Federica* no era una gran tarea para aquel estudiante de Estrasburgo, vivo, movable, elegante y genial, que dedicaba al amor, al romanticismo y al clasicismo, tanto ingenio como esfuerzo para sus estudios sérios de Anatomía, Botánica, Derecho, Dibujo, y aún Teología, Alquimia y Astrología.

¿Qué busca esa cabeza en tan extraño conjunto?
¿qué persigue? ¿qué rastro vá siguiendo en el dédalo de sus investigaciones, sin eslabon que las una, sin unidad que las contenga, sin causa aparente que las motive?

¿No hay nada de esto en su libro?

No quisiera considerar en GOETHE al literato

que modela sus pensamientos en estrofas de distinto metro, y que prefiere este para el diálogo del Eterno con Mefistófeles en la apuesta celebrada entre coros de ángeles y arcángeles, ó aquel para los lamentos de Margarita ó las horripilantes visiones del Sabbah en las quebradas sombrías del Harz, en la *Primera Noche de Walpurgis*; — quisiera ver en él solamente al jóven estudioso que va á buscar el mamotreto empolvado de los viejos archivos y arranca de éstos la leyenda medieval (1) que ha de servir de fundamento á su libro, de inmenso canavás en el que va á tejer con estrellas y con las flores más puras del pensamiento aleman ese cuadro estupendo en el que se destaca la figura cándida, sonriente y deliciosa de Margarita, ideal puramente plástico del glorioso jóven que acaba de matar á *Werther* de una plumada, preparándose para ir más allá de la vislumbre de la segunda, de la clásica Noche de Walpurgis.

He leído el diálogo de Margarita y lo he hallado deliciosamente cándido, y como GOETHE, quiero

(1) EN 1570 fué publicada por WIDMANN. Ha sido incluida bajo el título de *Légende de Fauste par WIDMANN, traduite en français, au seizième siècle, par PALMA CAYET*, en un tomo publicado por GÉRARD DE NERVAL en 1843 (ed. Charles Gosselin) y titulado *Faust de GOETHE suivi du Second Faust*, más una série de traducciones reunidas bajo el título de: *Notice sur les poètes Allemands*.

decir, como *Fausto* era entónces un jóven que ya había sido viejo, muestra no haber adquirido aún ideas algo avanzadas respecto de Dios y de la Religion, el seductor filósofo aparece como un ateo en potencia y un creyente virtual, todo en versos muy lindos.... y nada más.

VIII.

Precedido por la fama de autor del *Werther*, GOETHE llega á Italia donde su corazon y su pensamiento han de abrirse á nuevos horizontes, y donde muchos labios de granada van á dejar escapar para él, en sonrisas incendiarias, los fulgores que esconden, y grandes, hermosos ojos negros, le envolverán con los calores y voluptuosidades de un amor que no estaba en sus libros empolvados de los archivos.

El aire de la Italia, el cielo, los efectos mágicos de una luz que jamás había soñado entre las brumas del Norte; el brillo de los colores, la alegría, las canciones de los hijos de aquella tierra de fuego, el tipo de la belleza clásica conservado en la Lombardía que atraviesa al dirigirse á Roma, el suelo, los frutos, el vigor de la vida, la exhuber-

rancia de las formas, la plasticidad de los cuerpos, el ardor y pasión en los actos, las estatuas antiguas, los cuadros, los teatros, los versos, la música, el idioma, el traje, las fiestas... todo, todo era distinto en la Alemania del Norte.

Su mirada, entre tanto, dirigida por un cerebro enciclopédico, se detiene con igual interés en la linda morena que lleva el cántaro á la fuente, que en la fuente, en el agua, en el cántaro y hasta en la piedra de que la fuente está construida. Todo lo observa, todo lo escudriña, y sus notas, reunidas y publicadas mas tarde, contienen sus impresiones de todos los momentos.

En Roma se dedica á estudiar la escultura; pero despues de algunos meses de infructuosa tarea, se convence de que él no cantará la hermosura griega «en estrofas de Paros» y que sus dedos, indóciles para modelar una Helena de arcilla, paseando los esteques en la creta, obedecerán ciegamente al sentimiento de su Helena mental, que ya entónces boceta, cuando, en vez de una sustancia impura, use, para los contornos inmortales, hemistiquios y hexámetros sonoros.

De regreso de Sicilia y en carta á HERDER (18 de Mayo de 1787) escribe: « Te comunico en confianza que estoy á punto de penetrar, por fin, el misterio del nacimiento y de la organizacion de las plantas; las observaciones eficaces sólo pueden

llevarse á cabo bajo este hermoso cielo. Ya sé dónde se encuentra el gérmen y entreveo lo demás; pero sólo en su conjunto, porque algunos puntos me faltan. La planta primitiva será la cosa mas singular del mundo, y que la misma Naturaleza me envidiará. Con este modelo y su llave, se podrá inventar una infinidad de plantas nuevas que, si no existen, podrian existir, y que, léjos de ser el reflejo de una imaginacion artística ó poética, tendrán una existencia íntima, verdadera y áun necesaria; y esta ley creadora podrá aplicarse á todo cuanto tiene vida. »

IX

Muy léjos de mí la idea de pretender penetrar, siquiera sea con la intencion, cual fué el pensamiento último de GOETHE relativo al *Fausto* en conjunto. Hábiles críticos parecen haberlo resuelto, cuando menos considerándolo bajo una faz puramente racional, que satisface las mayores exigencias del buen sentido. Y creo que no podemos pasar mas allá, porque una intencion suprema, velada por una forma que escapa á todo lo que la costumbre, las preocupaciones ó las reglas

exigen del intercambio diario de ideas, debe tener su límite en la mas alta expresion de la actividad intelectual del hombre: la razon — y ésta, traducida por ese buen sentido que todos tenemos en el fondo, como expresion genuina de los hechos adquiridos en la accion incesante de nuestra presencia en el desarrollo de la vida universal y de nuestra susceptibilidad de ser impresionados por el mundo ambiente en funcion. Ese buen sentido que es una verdad innegable, se condensa, por decirlo así, en la conciencia de personalidad que nos lleva al sentimiento de evidencia y que no puede ultrapasar los límites de sus adquisiciones sucesivas, ora sean éstas simples ó inmediatas, ora dependan de permutaciones generadas por la imaginacion. Así, cualesquiera que sean aquellas aptitudes, siempre habrá una intencion generadora de nuestros actos, una causa simple que determine el desenvolvimiento ulterior de las expresiones; pero, por eso mismo, escapa á la interpretacion comun, dejándonos siempre las manifestaciones ó efectos palpables, cuya síntesis puede ser la verdadera causa probable, ó simplemente uno de los eslabones de las causas encadenadas, inaccesibles.

Se afirma que cuando GOETHE dió comienzo al *Fausto* era muy jóven. Pero, es posible, es humanamente posible suponer que un muchacho travieso y alegre, que pasa la mayor parte de su tiempo

juvenil entregado á la noble tarea de divertirse, vaya á concebir, y más que á concebir, á interpretar la primera parte de un poema que debe abarcar la humanidad entera, y los mas árduos problemas que la han agitado en todos los tiempos, dando á esa estrofa la significacion de la vida diaria, y que ella reclame luego torneos intelectuales, en la nacion que más ha pensado, y que la lance á su siglo, el siglo mas brillante del espíritu humano, como una niebla densa é impenetrable?

Quisiera creer, en mi entusiasmo, que el cerebro en cuya malla delicada se diseñó la imagen vaporosa y ya clásica de Margarita, fué capaz, desde muy temprano, de servir de matriz inmediatamente generadora al concepto de la suprema belleza y del *ewig weiblich*, esa divinidad humana del sentimiento indomable.

Quisiera convencerme de que el *Fausto* salió de la mente de GOETHE de una sola pieza, como Minerva del cráneo de Júpiter. Mas no puedo.

Y en la lucha de aquel entusiasmo con el sentido íntimo, sólo encuentro la obra de un poeta inmortal, pero nó el estremecimiento soberano del génio.

En el *Primer Fausto*, el autor se muestra misántropo, instruido, sensible, delicado quizá hasta el paroxismo; pero todo ésto no alcanza á hacer de él una entidad que escape á la aptitud intelectual

de cualquier cerebro juvenil medianamente preparado, de cualquier corazon que ha palpitado en la lucha de pasiones sombrías ó gentiles, ya sea contemplando el sangriento panorama de la Francia desesperada que corta la cabeza de sus reyes seculares, que entrega el filo de la guillotina á un médico maniático y levanta en su fetiquismo inconsciente un altar á la Diosa Razon; ya sea persiguiendo las lindas y risueñas costureritas de las orillas del Maine, ó engolfándose en los problemas incompletamente resueltos por el filósofo de Kœnigsberg, ó dejándose arrebatado por el soplo de los deleites idílicos de Weimar.

¿Qué hay de sobrenatural en las dudas de Fausto, en el concepto de la intervencion milagrosa de Mefistófeles, única intervencion que podía alterar el curso natural de los años que privan á la vejez desconsolada de los estremecimientos juveniles, que entrega en brazos del amor lo que al amor pertenece y á la horca y á los cuervos á la madre criminal que mata á su hijo?

No hay siquiera en Margarita una coquetería elevada y difícil, ni en Fausto seductor un lenguaje que vaya mas allá del que empleaba quizá GOETHE joven, estudiante, para vencer el candor de sus víctimas del Maine; — no hay allí un soplo de la galantería española, ni de la gentileza de los Franceses ó Italianos.

Si todo el drama se desenvuelve en estrofas perfectas, si el pensamiento de un hombre superior engalana las escenas con el brillo de una fantasía rica en imágenes, todo ello puede contribuir, cuando más, á dar vitalidad á la obra, á arrancarla del abismo en que tantas se hundieron para siempre, mas nó para que pensemos que ella se encuentre fuera de los límites que se exigen á un libro que ha de durar, aparte de que, como argumento, no era completamente original.

Y áun suponiendo que GOETHE hubiese ocultado un pensamiento profundo como alma del *Primer Fausto* ¿cúal pudo ser el objeto de tal misterio?

¿Quiso representar en Fausto viejo á la humanidad, como lo quiere una de las opiniones mas aceptadas? ¿Quiso condensar en él todas las dudas, todas las angustias, todas las zozobras del pensamiento humano?

Pero esto es inverosímil, ó aún no sabemos lo que es humanidad! Millares, millones de sus componentes vacilan desde la cuna hasta el sepulcro sin experimentar una sola vez la constricción abrumadora de una duda, ni en todos los corazones destila el pensamiento el gérmen de una angustia que sólo alcance su cielo en la esperanza.

¿Quiso el poeta limitarse á cierto grupo de inteligencias, á los pensadores de todos los tiempos, á los príncipes de la idea, que sólo vivieron para

adornar la corona de la superioridad física y moral de la especie con la flor gentilísima de sus creaciones?

Pero entónces Margarita nada prueba — y sólo podríamos comprender el pensamiento de GOETHE trazando con Charney en el muro del calabozo: « ciencia, talento, belleza, gloria, fortuna.... todo esto es impotente para dar en la tierra la felicidad... » y agregando con la mano de Picciola: « *sans l'amour!* ».

O, en todo caso, si siempre dominaron las zozobras, las angustias y las dudas ¿tuvieron la misma causa, el mismo objeto?

Así se arguye, señores, cuando sólo se conoce el *Primer Fausto*, el *Fausto* que termina con la muerte de Margarita, y en el que el protagonista aparece y se desenvuelve, durante el drama, dominado por el peso del hastío y del desencanto intelectual.

Así se procura satisfacer la curiosidad sobre el desenlace de una obra, cuando apenas se ha llegado á la mitad de la exposicion y así se abre opinion con lo incompleto de un libro fundado en las consecuencias de una apuesta entre Dios y Mefistófeles.

¿Quién la ganó?

Para la Omnipotencia en concepto el problema no queda resuelto allí.

X.

El *Fausto* fué para GOETHE el confidente de toda su vida. Terminado el *Primero*, el que acaba con la muerte de Margarita, y, para no apartarme, expresando lo que iría más allá de lo que está escrito (aunque anticipe el desenlace del *Segundo*), con su entrada en las legiones celestes por la virtud suprema del arrepentimiento y del perdón, GOETHE no abandona casi un instante la elaboración del *Segundo Fausto*.

Hijo mimado de las Musas; factor importante de los esplendores de Weimar; amigo íntimo de SCHILLER el poeta entusiasta y ardiente con cuyos resplandores de fuego enlaza la posteridad las reverberaciones de su frente impasible, casi olímpica; — ligado por iguales vínculos con ALEJANDRO DE HUMBOLDT, ese otro GOETHE de la ciencia alemana, y con GUILLERMO su dignísimo hermano; en contacto frecuente con todo lo que el comienzo de este siglo ha ofrecido al culto futuro del pensamiento humano, el poeta colmado de honores; ministro de su rey, rey él mismo en los dominios intelectuales, se dedica con idéntico entusiasmo

á las letras que han de ofrecerle una corona inmarcesible y á las ciencias que han de brindarle un pedestal y que ya le habían revelado preciosos secretos.

Se entrega desde entónces á la elaboracion penosa del *Segundo Fausto* y digo penosa porque es lenta, porque deja pasar casi medio siglo desde que el coro de angeles arrebató el alma blanca de Margarita, hasta aquel en que los espirales del Infinito disuelven en la eterna sustancia al esclavo de Mefistófeles libertado por el supremo sentimiento de la personalidad.

El *Segundo Fausto* es el lacrimatorio que recoge las angustias de GOETHE; es el lienzo en que estampa las muecas de la vida; la sátira que le sujieren las miserias humanas y en el que traza con líneas de fuego las vilezas que testifica desde el alto pedestal en que su patria y sus contemporáneos le colocan; es la urna de ágata en que deposita las conquistas de su vasta ciencia, y en la que se unen, á sus estudios de los clásicos griegos, sus investigaciones sobre las metamorfosis de las plantas, sus pesquisas sobre las leyes de la armonía en los colores, sus brillantes inducciones y deducciones de Anatomía Comparada, todo ello ligado por el espíritu helénico de su propio idioma, y por el mas genial concepto de la belleza que sea humanamente posible desarrollar.

Y como si todo ésto no fuera suficiente para hacer su libro incomprensible á la generalidad de los lectores, se complace en rodear la expresion pura, que es la espada de la inteligencia, con una forma figurada hasta el absurdo, tanto, que no ha faltado crítico que trate de loco al autor de la *Noche Clásica de Walpurgis!*

Más aún: ha encerrado allí los grandes problemas de la época y como si todos ellos no hubieran sido entónces bastante oscuros, ha dejado manifiesta la intencion de que deseaba se lo interpretaran como expresiones de metafísica, ó de panteísmo, ó de toda esa filosofía alemana de su época que tanto ridiculizó él tambien; esa filosofía que hubiera alcanzado á ser entónces lo que es ahora, si ciertas discusiones incompletamente desenvueltas por KANT no hubieran sido un semillero de sistemas, y un cráter que dejara fluir todo el fondo de idealismo que pugnaba por encarnarse en la soñadora Alemania, como el Homúnculus de Wagner, escapado del cristal, toma cuerpo en los mares al pasar sonriente Galatea.

¿Y es posible, despues de esto, suponer que una inteligencia tan brillante y tan serena, que un cerebro preparado para todas las cuestiones tanto literarias como filosóficas positivas, trabajara cincuenta años en su obra predilecta, para que así no mas, el primer venido, comprendiera-cuanto

había encerrado en ella? El mismo GOETHE lo ha dicho, en una carta á ZELTER, y si pensó que ella no sería publicada, no nos toca averiguarlo.

« Si el libro de *Fausto* no se inclina desde el comienzo hasta el fin al estado sublime, épico; si no obliga al lector á elevarse mas allá de sí mismo, no nos ocupemos mas de ello. Hasta ahora pienso que una buena inteligencia, un sentido recto y penetrante tendrán bastante que hacer para darse cuenta de todo lo que hay de secreto en él ».

¿Qué significa ésto?

¿No explica acaso claramente que el poeta tenía confianza en que su obra no sería considerada como un mito indescifrable, — y no indica á la vez los secretos personales que pueden determinar á un autor, sin que por ésto sea necesario que los explique ó irremediable que se los adivinen, y sin que ello afecte en lo mínimo la unidad del libro?

Y precisamente por ésto es difícil comprenderlo, y abrumadora su lectura, cuando se reduce á lo que está escrito, sobre todo en *La Noche clásica de Walpurgis*.

XI.

Si GOETHE no fuera el primer poeta del siglo, su figura científica se destacaría en el Parnaso moderno como una de las mas brillantes, no sólo por la naturaleza de las investigaciones á que se dedicó, sinó tambien porque su nombre está ligado á una cuestion de ciencia que pone sello al siglo en que vivimos.

Pero — y lamento no recordar ahora quien lo dijo — « el poeta eclipsó al sábio ».

Pero ese eclipse no era total — lo fué solamente para las exterioridades de la gloria, porque aquellos que queman la mirra en el templo, no conciben las glorias complejas — y el incensario de las multitudes oscila ante el pedestal del sábio ó del poeta, mas nó del poeta-sábio.

• Esta doble entidad de GOETHE debía traducirse necesariamente en su libro, en ese prodigio de incubacion que conocemos como *Segundo Fausto*, nó porque la obra de un poeta sábio tenga de por fuerza que ser científico-literaria, sinó porque era la obra que GOETHE amaba con toda la fuerza de su sentimiento de personalidad, porque en ella estaba él, con sus amores, sus entusiasmos, sus

desengaños, sus conocimientos, sus temores, sus angustias, sus dudas, sus envidias y confianza — porque era la expresion de un amor subjetivo, el del padre genitor para su engendro porque es suyo, porque le pertenece, porque es una parte de sí mismo, porque es él mismo continuado, porque se contienen recíprocamente, porque parece como si no existiera para el padre y el hijo la dualidad impenetrable.

Por todo esto tenía que ser así el *Segundo Fausto*.
¿Se le ha considerado siempre de este modo?
Temo que nó.

XII.

El *Segundo Fausto* de GOETHE no puede ser debidamente interpretado, ó mas bien criticado, por un literato que no sepa ciencias, ni por un amante de éstas que no sea literato en toda la extension de la palabra.

Dados los adelantos que las ciencias han hecho desde la publicacion de aquella obra (1831) (1)

(1) He tenido á mi disposicion la edicion de F. A. Brockhaus, Leipzig, 1869, 2 ts.: *Faust. Eine Tragödie von JOHANN WOLFGANG VON GOETHE, mit Einleitung und Erläuterungen herausgegeben von MORRIZ CARRIÈRE.*

no me parece que sea estrictamente necesario poseerlas todas á fondo (lo que no se concibe cómo podría suceder), pero tener sí conocimientos científicos suficientemente amplios para no retroceder en la investigacion de cualquier problema que se vislumbre, ó, mas bien, para comprender la relacion que se señale entre un pasaje de la obra y un hecho ó teoría científica.

Esta exigencia de las circunstancias coloca en pésimas condiciones á la generalidad de los lectores del *Fausto*, — primero, porque todo el que toma ese libro para leerlo, sabe ya que es muy difícil y áun « imposible » comprenderlo — lo cual no es animador — y, segundo, porque las ciencias y las letras, aunque siempre deben hermanarse éstas con aquellas, no siempre pueden figurar en nuestro caudal comun de riquezas acumuladas, ó, para no ser nebuloso, no todos los lectores del *Fausto* tienen la preparacion necesaria — y esta afirmacion terminante, que jamás discutiré, la consigno aquí nó como una expresion de petulancia ridícula, ni de pretension tan absurda como indigna de la estimacion propia, sinó porque estoy convencido de mi ignorancia en presencia de la majestad del *Segundo Fausto*, ignorancia que hago manifiesta á este auditorio, declarando que no me atrevo á interpretar todo el libro.

Lo único que afirmo es que, sin el concurso de

las ciencias positivas, el *Segundo Fausto* es una fábula bastante incomprensible.

XIII.

Fausto tiene un criado, una especie de confidente, algo como un ayudante, que recibe una parte de los rayos emanados de él, una pequeña porción de la aureola que le circunda, el cual, anheloso de poseer siquiera un destello de la vasta ciencia de su amo, se entrega cierto día á perseguir un fantasma científico, un espectro de los alquimistas.

Ese criado es Wagner; ese fantasma es *Homunculus*.

Sabido es que los alquimistas de los siglos pasados no buscaron solamente la piedra filosofal, la trasmutacion de todos los metales ú otros cuerpos en oro.

Su atencion, esa atencion y pertinacia incomparables de los padres de la gloriosa Química moderna, se aplicó tambien á la *Palingenesia*, al *Homunculus* y al *Alcaest*.

Daban este último nombre á una sustancia hipotética, en cuya masa se disolverian todos los

cuerpos conocidos. Inventado el nombre, que bien pudo ser otro, el inventor guardó el secreto de la etimología, y la idea, disparatada ó nó, excitó las investigaciones, que no dieron notable resultado. Pero los alquimistas eran pertinaces. No hallando el *alcaest* por las reacciones, por el empirismo, lo buscaron por la etimología. Sostuvieron los unos que derivaba del latín *alcali est* y esos no persiguieron más el disolvente universal sinó entre los álcalis. Los otros, sin embargo (y como sucede en todos los terrenos), opinaron que aquello era un error y que la palabra derivaba del sajón *al ghasht, todo espíritu, ó puro espíritu*, y no quisieron buscar su *alcaest* sinó entre los gases.

Como en todos los casos en que hay discrepancia sin fundamento indiscutible, se trató de hallar una transaccion, y los ánimos se conciliaron cuando alguien sostuvo que, si tal sustancia hubiera de existir, mal podría prepararse, pues disolvería el vaso que la contuviera — y con ésto se dió fin á la pesquisa.

La *palingenesia* era otra maravilla, fundada en la propiedad que tienen ciertas cristalizaciones de adoptar formas arborizadas (Arbol de Diana, de Saturno, Storm-glass) y de aquí la creencia de que las cenizas de una planta encierran en pòtencia la forma de ésta y que sólo es menester un medio adecuado para que la solucion de las mis-

mas reproduzca la planta de que derivan — ó en otros términos: cristalizadas en cierto medio las cenizas de un rosal, de un naranjo ó de un cedro, deben reproducir el cedro, el naranjo y el rosal.

Pero el más importante de los tres objetivos á que he aludido era el *homunculus*.

Esta palabra es diminutivo de *homo*, y vale tanto como *hombrecillo*.

Tratábase nada ménos que de producir un hombre, aunque fuera un *hombrecillo*, por medios artificiales, esto es: mezclar todo género de sustancias, y revolver, calentar, destilar, precipitar, disolver, sublimar, filtrar, moler, quemar y obtener como último resultado un *homúnculo*, ni más ni ménos que si se tratara de hacer un buñuelo, un merengue ó un bizcocho.

Los disparates que se han cometido para realizar esta generacion espontánea de nuestra especie van más allá de lo que la imaginacion, preparada hoy en mejor terreno, puede modelar. Pero tal pretension, si bien absurda en lo que atañe al hombre, era una intuicion maravillosa de lo que la ciencia moderna acepta sin vacilar; y sirve de centro á lo que nuestro siglo ha discutido con calor y seguirá discutiendo en el terreno de los hechos, ya que para todos es un dogma en el de la teoría. Se trata nada ménos que de la generacion espontánea de la materia orgánica, surgiendo

del mundo inorgánico, hecho que ya no es un mito para los químicos, como lo fuera de antaño.

Si los alquimistas hubiesen sido más moderados en su anhelo y se hubieran satisfecho con la perspectiva de obtener la materia orgánica por medio de la síntesis, y nó de golpe el *hombrecillo* á que aludía, no sería ménos gloriosa su ruda tarea, pero habrían conseguido algo más, mientras que, con tan vasto plan, sólo llegaron al triste resultado de que tal no era el medio más seguro de adquirir para la ciencia la forma del *hombrecillo*.

Y, para entrar de lleno ahora en la cuestion — si ellos hubieran descubierto la materia colóide que forma en el mar las vesículas de que estan compuestos los organismos segun OKEN; si por via sintética hubiesen preparado el *protoplasma* y con su pertinacia en la observacion y en el ensayo hubieran llegado á modelar una sola célula, que hubiesen alcanzado solamente á preparar las células de TRAUBE ¿no es verdad que podría perdonárseles la enormidad de su capricho de fabricar de golpe el *hombrecillo*?

Bien pues : esa historia maravillosa de la *Monera* que extiende sus brazos homogéneos para nutrirse; esos corpúsculos que tan prolijamente nos enseñan á conocer HAECKEL y todos los autores que siguen las huellas de DARWIN, ESOS Amibos y Mórulas y Gástrulas, no son sinó los prime-

ros ensayos que hace la Naturaleza para bocetar el proyecto del Hombre, modelándolo definitivamente por la evolucion, la complicacion, la seleccion, la lucha por la vida.

Arrancar á la Naturaleza su secreto, ese secreto! no ha sido la obra de un momento. Ha sido la lucha sin trégua de Wagner, el criado de Fausto. Ha sido la lucha de los sábios pacientes que han visto encanecer su cabello, marchitarse su tez y encorvarse su espalda, persiguiendo sin cesar, junto al hornillo ardiente, al través de los cristales magnificantes, en la retorta ó en el vivero, la reaccion, el movimiento, la batalla de la sustancia con la sustancia, el *excelsior* de la forma simple en sus evoluciones y encadenamientos para revelarse al fin compleja.

Ese es Wagner — el hombre sin las grandes claridades interiores, el esclavo del empirismo, que no quiere concebir las condiciones de generacion espontánea del *homunculus*, sinó fabricarlo.

Fausto nó. ¿Quiere ser feliz? poseer á Margarita? recorrer el mundo?

¡Bah! promete su alma al diablo y asunto concluido. Mefistófeles le concede todo. Y en ménos tiempo que el necesario para decirlo, Mefisto le transforma en gallardo jóven que, sin muy sólidas ideas respecto de Dios, pero con muy poco respeto por el circunloquio y con ménos habilidad que

la de BOTO para terminar con estrofas musicales el diálogo de Margarita, lanza á ésta la expresion definitiva de sus pretensiones, como si sólo se tratara de ofrecerle una flor ó regalarle un piropo.

Elles ne parlent pas l'amour — elles le font, decía con digusto un caballero andante de los cuentos de FLORIAN, y refiriéndose á las damas de la corte de su Rey.

Cuando todos estos episodios pasan, se siente levantar la figura de Mefistófeles y se recuerda el *Fausto* de DEL CAMPO, cuando dice :

Soltó una risa tan fiera
Que toda la noche entera
En mis orejas sonó.

Hay, pues, en la creacion de GOETHE haciendo de Wagner un alquimista que procura fabricar el *homunculus*, una ironía sangrienta contra los sábios pacientes que dedican toda su vida, toda su observacion, al estudio de un fenómeno.

Pero GOETHE olvidó que, sin tal paciencia, no habría podido confundir al célebre anatomista CAMPER cuando le probó que el Hombre tenía tambien en su cráneo el hueso intermaxilar.

XIV.

Me he ocupado anteriormente del viaje de GOETHE á Italia y he recordado (p. 38) sus preocupaciones respecto de un ser hipotético que había entrevisto á la luz de uno de esos relámpagos de génio tan frecuentes en el autor del *Fausto*, en el creador de *La Noche clásica de Walpurgis*.

Se recordará que buscaba el prototipo de los vegetales: una forma que le permitiría modelar, por sus combinaciones, todas las formas imaginables de plantas, no sólo las existentes, sino muchas otras que la evolucion de los organismos no ha producido aún.

Ese ser hipotético no lo descubrió GOETHE, por más que en sus cartas aludiera á su próxima adquisicion.

Lo que GOETHE buscaba, era el *protoplasma*.

Era la sustancia colóide de que OKEN suponía formadas las células (sus infusorios) y que por cierto no conoció como la ha conocido HAECKEL, como la han estudiado otros sábios microscopos de nuestros dias.

La vida de GOETHE nos revela, despues de su viaje á Italia, una serenidad olímpica en su frente.

Pero esa serenidad inalterable no era interna y su corazon, agitado por diversas pasiones, latió mas de una vez con demasiada energía, para no convencerle de que su cráneo contenía el cerebro de un hombre, por más que en su trama nerviosa fulguraran las imágenes más brillantes que nuestro siglo haya encarnado en estrofas.

El padre glorioso que vela noche y dia junto á la cabecera del hijo amado que la muerte ha de arrebatarse en la flor de la vida; el Aleman que llora ante las miserias de su patria impotente para vencer al génio de la guerra y ahuyentar las águilas imperiales; el consejero íntimo que seguirá á su Príncipe en el destierro y en la miseria si Marte no domina los furios de Belona; el interlocutor acallado por la petulante verbosidad de Madame de STAEL — puede ser tan inalterable como se quiera, tan olímpico como se le desée, pero ese hombre tiene un corazon, tiene sentimientos, y por lo mismo no perdonará á los sábios pacientes que hayan descubierto lo que él, un coloso; un génio, un Fausto, no ha podido descubrir, y acariciando una idea perversa durante treinta años, satiriza á tales sábios en la célebre *Noche clásica*

de Walpurgis, solamente porque ellos han descubierto el *protoplasma*.... y él nó!

Pero es un hecho, y el más riguroso exámen le obliga á convencerse de que sólo con tal elemento se obtienen todas las formas de los organismos y ya que se conquista esta verdad para la ciencia, para la escuela transformista que en esa época celebra por SAINT-HILAIRE y CUVIER un torneo que tanto le entusiasma, tendrá al ménos la satisfaccion de hacer brotar el *homunculus* de una retorta de Wagner.

Mas brota incorpóreo; es una idea que solamente tiene existencia, pero que necesita encarnarse, y, para encarnarse, menester es que concurren todas las fuerzas de la Naturaleza, y como un poeta de su talla no puede hacer figurar las fuerzas de la misma manera que lo haría un Wagner, denominando á la cohesion *cohesion* y *afinidad* á la afinidad, llama en su auxilio á todo el Olimpo, y las diosas, que no son sinó esas fuerzas, dan cuerpo á *homunculus*. El milagro queda realizado y *La Noche clásica de Walpurgis* se limita con la incomparable belleza que adquiere gradualmente, segun se va penetrando á mayor profundidad en la mente de este autor tan poderoso que llevó su estilo figurado hasta producir el delirio en sus lectores y que, para no caer en la prosa de las realidades científicas que convertía

en poema, dió á la nutricion ó al alimento, por ejemplo, el nombre de Galatea, ó la personificó en ésta.

XV.

(El autor expuso el argumento del *Segundo Fausto* y las opiniones emitidas por los críticos al respecto).

Por mi parte, adopto lisa y llanamente las palabras de GOETHE mismo en su carta á ZELTER, escrita en 1826 (el *Segundo Fausto* se publicó en 1831):

« Debo confiarte tambien » dice, « que he vuelto á ocuparme, por lo que se relaciona con el plan poético y nó con el desarrollo, de los trabajos preliminares de una obra importante á la cual no había prestado atencion desde la muerte de SCHILLER, y que, sin el estímulo actual, habría quedado *in limbo patrum*. El carácter de esta obra se halla en la usurpacion de los dominios de la nueva literatura, y sin embargo, desafio á cualquiera en el mundo á que lo sospeche. Tengo motivo para

creer que ocasionará una gran confusion, porque mentalmente la destino á resolver una querella. »

Esta querella no es otra cosa que la lucha entre el clasicismo y el romanticismo, y mientras el poeta persigue con teson el desenvolvimiento de su plan ó idea fundamental, agrupa en torno los accesorios poéticos que, sin herir en lo mínimo el desenvolvimiento de su obra, pueden representar los pequeños *kobbolds* de su pensamiento maligno, así como el escenario de un teatro, bien ó mal dispuesto, con telones más ó ménos bien pintados, quizá no daña absolutamente á la magnificencia del drama. Por más que en *La Noche clásica de Walpurgis* (considerando así la mayor parte del 2º acto) la forma clásica ó romántica se adapte al plan poético, sirviendo así á la idea madre, ello no quita que, tomando sus elementos de no importa qué centro, haya el autor desahogado en tal forma un pequeño resentimiento científico.

Sea como fuere, despues de la lectura del *Segundo Fausto*, sólo nos resta exclamar con GUILLERMO DE HUMBOLDT, cuando GOETHE le hubo leído lo que corresponde al período griego de la obra : « Es algo maravillosamente hermoso », y, al transmitir sus propias palabras á sus amigos, agregar con él : « parecía imposible que se pudiera ir tan léjos en una obra poética. »

Quédenos á lo ménos este consuelo á los que habiendo colocado tantas veces en los hospitales nuestra mano muerta sobre el cuerpo de Nana, tenemos en el fondo del corazon y del cerebro un altar en que todavía lanzan sus destellos los mármoles inmortales de la Grecia.
